admirar, orgullosa de ver que su cuerpo salía de un bloque de tierra obscura, de aquel lodo, como Venus salía de la espuma. Cuando, cansado de trabajar, luchando con aquel sueño vivo que quería ver realizado en el mármol, Charrière se detenía y dejaba desbordar sus confidencias y sus declaraciones al oído de Lacy, ella le miraba dulce y cariñosa, y contrayendo ligeramente sus labios, encontraba demasiado pesada la tarea y le parecian muy largos aquellos días siempre iguales, en aquel alto, teniendo ante su vista el panorama de París—de aquel París al que ella quería transtornar con su belleza, cosa que él ignoraba todavía;-tenía ansia de marcharse, y si Charrière la acompañaba, repitiéndole por la milésima vez las mismas palabras, al atravesar las calles, maquinalmente se detenía delante de los escaparates de alhajas y de los almacenes de comestibles, fijando sus ojos muy abiertos, con marcada inclinación en los brillantes aderezos, en los embutidos v en las ricas frutas. O en vez de esto, antes de abandonar el taller del escultor, señalaba con su manecita algún objeto de arte que estaba sobre la mesa, ó algún medallón de bronce colgado en la pared, diciendo:

-; Qué bonito es esto!

Luego, mirando á Charrière, sonriendo timidamente y hasta con coquetería, afectando, como un niño, desconocer el valor de un tigre de Barye, de un boceto de Charrière o de un perro de Méne,

-¿Puedo llevármelo?-decia.

Y con la mayor precisión cogía delicadamente el objeto, y envuelto en un periódico desaparecía el bronce ó la estatua en las preciosas manos de Lucy, que decía á Charrière, cuando éste pretendía librarla de la molestia de llevarlo por ser pesado, con una gracia encantadora:

-¡Oh! ¡no me molesta! ¡soy muy..... muy fuerte!

Parecía que estaba cansada de Charrière y que veia próxima la realización de una parte de sus ilusiones, porque al saber -tal vez en casa de Pulcherie-que se iba á abrir un nuevo teatro, la antigna bailarina de la Alhambra de Londres se presentó á Justo Brecheux, adornada ya con grandes brillantes pendientes de sus sonrosadas orejas, y luciendo en el cuello, no ya aquellas alhajas amarillas de oro inglés, sino una cinta de terciopelo con un rubí rodeado de perlas. Brecheux se sorprendió agradablemente al presentársele aquella risueña joven. El papel de Angela no se había distribuído. Lucy Vaughan crearia Angela. El drama de Guerard podría valer poco, ser demasiade literario ó muy de la Comedia francesa ó del Gimnasio. Lucy Vanghan-sin contar á madamoiselle Gervais, de la que los periódicos hablaban mucho-bastaría para que todo París acudiese.

Desde el día siguiente, á continuación de Elena aparecieron en el cartel, impresos en letras grandes, los nombres de todos los futuros debutantes: Mr. Gardonne, Mr. Duret, Mr. Pepezat, Mlle. Claudina Hard, Mlle. Bertrade. Mme. Deuberville, miss Lucy Vaughan ¡Un cartel magnifico! Brecheux había hecho que entre paréntesis, después del nombre de Lucy, añadieseu: que por pri-

mera vez se presenta en el teatro.

-¡Ya está hecho! ¡yo mismo lo he visto en otra época en un anuncio de las Folies dramatiques! Mlle. Anna Bellanger, que por primera vez.....

Pero Roblot y Alejo se interpusieron. Esto no debiera hacerse. ¿Y por qué? Sería un escándalo. Los periódicos se burlarían.

-¿Y qué me importa?-respondía Brecheux.-

¡Yo en cambio me burlo de ellos!

No hubo más remedio que ceder, y así Lucy Vaughan entró á formar parte del teatro, imponiéndose desde su presentación por aquella soberana belleza dulce y tranquila. Bien conocía la inglesa que le convenía hacerse querer de aquella gente, y de aquí que adoptase una actitud afectuosa y de timidez, propia de una aldeana ignorante. En un rincón trabajaba la madre Hard en un tapiz muy notable que, según decia, problemente lo rifaría á diez sueldos el billete. La antigua portera afectaba una pobreza que irritaba vivamente al pequeño Duret. Tenía muchas ganas de promover un escándalo.

-Entendámonos-decía éste á Claudina á alguna distancia; - yo sé perfectamente que ese tapiz ha sido comprado por la madre Hard, hecho ya, en el faubourg Poissonnière, y que no nombra á la pobre trabajadora.... y voy á decirlo.....

Pero Claudina le calmaba en seguida. Si era una manía de la vieja, deseaba que la compadeciesen. Y además, que á diez sueldos el billete ganaría veinte ó treinta francos sobre lo que valía. Todo esto era cierto. Pero Luis debía tener presente el casamiento, el consentimiento, la paz con todos. ¡No convenía que dieran espectáculos! ¡ Era tan agradable estar en armonía y «ponerse may juntitos!»

Entonces Duret se callaba y Mme. Hard seguia con sus lamentaciones. Se necesitaba hacer muchos esfuerzos para educar á los hijos. ¡Qué gobierno era aquel que permitía tales infamias; un premio del Conservatorio al que no se contrataba y se le llenaba de oro! ¡Todos aquellos ministros y diputados que presidian la distribución de los premios, por lo visto no tenían dinero, y si lo tenían, era sólo para sus recomendados! Y como la portera continuase inclinada sobre el tapiz y todavía hablase de rifa y de billetes, Lucy Vaughan se fué hacia ella directamente y sonriendo le dijo, cogiendo el tapiz con una mano en la que brillaba una gruesa esmeralda:

-¿ Cuánto vale?

-¿Esto?

-Sí-respondió Lucy.

La auciana indicó un precio, y la inglesa, cogiendo con la punta de sus dedos tres ó cuatro monedas de oro de las que llevaba en un bolsillo, le dió el doble, dejando estupefacta á Mme. Hard: luego, cogiendo la tela, la arrolló y se la pusobajo el brazo, añadiendo con su fría sonrisa de siempre:

-Con él haré cubrir un pouf.

En verdad, el tapiz sólo le servía para reirse; pero le importaba mostrarse generosa, ganarse las simpatías de aquellas gentes del teatro, que eran aficionadas á dar y agradecían también que les dieran, y mientras Lucy, después de saludar, se alejó con aire risueño, la madre Hard decia á los cómicos:

> UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIV TO TARIA

"ALFONAD KEYES"

4n. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Qué bien recibido es el dinero ganado con la punta de la aguja! ¡Creedme, es preciso que yo trabaje, porque si no lo hiciera, no me sostendría mi yerno!

-Madre Hard....-empező á decir Duret.

Claudina le detuvo nuevamente. Y Elena Gervais, aproximándose á la anciana, le dijo en voz baja:

-Yo también os tomaré algún tapiz, madame

Hard.

—¡Oh. descuidad, que todavía los haré! A Dios gracias, aun tengo vida..... ¡Aunque haya de gastarme la vista y trabajar por la noche, no tardaréis en tenerlo! ¡Es preciso vivir!

Verdaderamente la madre Hard podia ofrecerlos pronto y en abundancia: el almacen del fau-

bourg estaba bien surtido.

Por lo demás, la amabilidad de Elena no obtenía la admiración de Mme. Hard en tal alto grado como la generosidad de Lucy Vaughan. ¡Qué mujer! Venía al teatro en coche. Un señor rico, una especie de ruso le daba cuanto necesitaba. Y á la vez también un hombre de barba rubia, que se mordía el bigote y tenía aspecto mal humorado, casi colérico, parecía en relaciones con ella. Mme. Hard se había dejado decir que éste era un escultor qué había empezado el busto de Lucy, la cual no parecia tener deseos de verlo, puesto que muchas veces cuando sabía que la estaba esperaudo por una puerta, se salía por otra. Mme. Hard no la censuraba. No sabe una mujer lo que pierde uniendose a un pobretón. Y al decir esto, no podía menos de mirar de soslayo á su futuro yerno. Tenía á mis Vaughan cierto respeto, mientras que Elena Gervais en realidad sólo le inspiraba una especie de simpatía en la que entraba algo de piedad. Mlle. Gervais era una joven honradisima; pero zy qué?

Elena se casaría con Saint-Ives. ¡Bonito desenlace!¡Ponerse una cuerda al cuello como Claudina!¡Por lo que se ve, las actrices de ahora se han empeñado en casarse con actores! A madame Hard le parecían de mejor gusto los tiempos en que sus aspiraciones eran tener un hotel. Si seguian la carrera del teatro para ser unas tontainas, más les valía ser honradas hijas de familia, casarse con un empleado del ferrocarril y tener su casita arreglada. ¡Qué niños! ¡Ya vería Claudina cuando «estuviese establecida» y se llamara Mme. Duret! Respecto á Elena, que llegara ó no á llamarse Mme. Saint-Ives, le importaba un comino.

¡ Mme. Saint-Ives! En todo caso se llamaría Mme. de Fresne. Este era el verdadero apellido de Saint-Ives.

Saint-Ives le refería una tarde á Elena con la mayor sencillez, cómo no queriendo disgustar á sus parientes, que pertenecían en su mayoría á la nobleza y á la magistratura, había adoptado aquel pseudónimo, al que se había acostumbrado de tal modo, que cuando por precisión tenía que firmar con su verdadero nombre, Pedro de Fresne, lo encontraba muy extraño.

De aquel modo Elena se había convertido en la confidenta de sus más íntimos pensamientos, y á la vez que ella se consideraba protegida por el amor de Saint-Ives, él se encontraba rejuvenecido por aquel afecto, tan diferente de los que hasta entonces había sentido. Alguna vez todavía-muy ratas-el recuerdo de los días pasados hacia aparecer un rictus en los labios del actor levantando su fino bigote. Esto sucedía cuando Clotilde Verrier, exasperada por su frialdad, se proponía atraer a aquel hombre que huia de ella y á quien ella amaba. Sintiendo, bien á su pesar, el extraño ascendiente que en él ejercía la seductora belleza de árabe, tenia que hacer un esfuerzo para no dejar ver en su rostro la emoción al pasar por el lado de ella. Todos los días la veía y ensayaba con ella, y dentro de poco iba á tomar parte en una obra nueva, anunciada en el Odeon, en la cual su papel le obligaria á mostrar transportes de pasión, arrastrándose suplicante á los pies de Clotilde, que encarnaria el papel de una mujer indiferente. Por una de esas ironías comunes en la vida del actor, precisamente se hallaban en situación opuesta á la que iban á representar uno frente á otro aquellos dos seres que ante el público demostrarian sentimientos trocados. Saint-Ives, que durante los entreactos estaba glacial, se vería precisado á dirigir à Clotilde frases amorosas con ardiente efusión y tiernas súplicas; haciendo que Clotilde, al oir aquella voz de ordinario seca y vibrante como una hoja de acero, transformada en los armoniosos versos que el actor recitaba, cerrase más de una vez los ojos como si verdaderamente fuesen dirigidos á ella y no á la creación del autor. Y ella con sus ojos de fuego le miraba, no con desdeñosa insolencia, como el papel exigía, sino agitada, temblorosa, pronta a decirle: ¡levántate, yo te amo! en vez de lo que exigia el cruel y frío papel. Terminada la escena, Saint-Ives se levantaba rá-

pidamente, limpiándose las rodilleras de sus pantalones, y su voz, por un esfuerzo superior, tomaba la acerada vibración de siempre.

—Creo que saldrá bieu—decía.—Os facilito la réplica, ¿no es verdad, querida amiga? ¿Queréis

que volvamos á empezar? Algunos días Clotilde salía de aquellos ensayos retorciendo su pañuelo de encaje ó rompiendo entre sus dedos las varillas del abanico. Estaba furiosa y ardía en deseos de venganza, pensando que si Saint-Ives se le escapaba, era por Elena Gervais. De modo que aquella Elena era invencible por el atractivo de su honradez? ¡ Aquel Saint-Ives corrido necesitaba el candor fingido ó verdadero! ¡Aquel loco enamorado de todas las mujeres, aquel seductor de princesas rusas, aquel cómico que no hacía, mucho consumía su vida y la derrochaba con aristocrática indiferencia, era dominado por una especie de griseta del teatro, como si tuviese dulces en sus manecitas! ¡Se deleitaba con las pastorales de Florián después de haber abrasado sus labios en el filtro de Musset!.... Esto era muy gracioso. Clotilde hubiera sido la primera en reirse, si su vanidad no se viese herida con aquel idilio.

Clotilde pensaba la verdad. Saint-Ives amaba á Elena todo lo que la temía á ella. Cerca de Elena se sentía feliz y tranquilo. Era como una expansión de los buenos sentimientos que en él se conservaban ocultos, y no perdía ocasión de aproximarse á ella para gozar de este deleite.

En la parroquia de Saint-Clement, cuyo párroco

era el cura Poparel, iba á celebrarse una representacion, ó un concierto, á beneficio de la casa-cuna allí fundada. Aunque oficialmente no aparecía Mr. Poparel, porque no figurase con su carácter sacerdotal en una obra de caridad que imploraba socorro por medio del teatro, en realidad el buen sacerdote se ocupaba alegremente de arreglar el programa.

No es muy buena la estación, decía con la autoridad de un práctico. A fines de Septiembre todavía no es el tiempo de lluvias. Trouville, Dieppe, Biarritz nos quitarán mucha gente. Además es la época de la caza, jesa maldita cazal Si pudiéramos esperar á fin de Noviembre, sería mejor. Pero no se puede; las casas cunas reclaman las mantas.... ¡Es preciso, pues, sacar el mayor partido posible de la situación, y obligar á que acuda á la gente, atraída por un programa..... ¿cómo lo diríamos mejor?..... ¡sterling! ¡en fin, brillante! Nombres, nombres hacen falta.

Y el buen capellán se frotaba las manos ante la idea de que Mme. Pornic, sí, sí, la estrella de moda, Mme. Pornic en persona se pusiera á disposición de la empresa y cantara, en beneficio de los niños abandonados de Saint-Clement, su mejor repertorio: la Petite Chatouilleuse, las Fredaines de Grand Macuan, Cousin et Cousine.....

El abate Ronchat se presentó al párroco, severo y triste, preguntándole si el rumor que circulaba.....

—Sí, sí, mi querido abate. Ese rumor es exacto. Es necesario proclamar en alta voz que los beneficios de la representación aprovecharán á nuestros pobrecitos huérfanos. ¡De modo que podéis lamentaros! ¡Yo facilitaré á los cómicos una ocasión para que puedan ganar una parte del paraíso!

-Pero, señor cura, Mme. Pornic.....

+¡Ah, Mme. Pornic! Bien, ¡qué! ¿qué queréis? Mlle. Dejazet murió. ¡No puedo pedir á Mlle. Dejazet que nos cante la Lisette!

El abate Ronchat estaba asustado, en tanto que Mr. Poparel se frotaba las manos lleno de gozo, pensando que sus infantiles feligreses tendrían para el próximo invierno blandos colchones, buenas almohadas, mantas de lana.....

La cosa no tiene importancia, mi querido abate—decia el párroco. Mme. Pornic me ha prometido venir el domingo de Adviento á cantar una ó dos piececitas en Saint-Clement. De antemano se anunciará. La colecta producirá bastante, y podréis sustituir con buenos y pintados cristales los mezquinos y feos que hoy existen en vuestra capilla, que más bien parece una iglesia de pueblo.

—; Mme. Pornic cantará en Saint-Clement; ella,

Mme. Pornic!
Y el abate Ronchat, frunciendo el ceño y pálidos los labios, cruzaba y dirigía la vista lanzando rayos de cólera.

—Pero, señor cura, no habéis pensado: ¡esa mujer es judía!

—¡Bueno! todo eso tenemos que ganar. Quizá se convierta. Es una conquista que debemos intentar, mi querido abate. Solamente que vos sois algo intransigente como vuestros hermanos del campo. En París somos más tolerantes. ¡Judia! ¿Y al fin, qué? ¿Acaso el Dios de Isaac y de Jacob no es el nuestro? Vaya, vaya, tendréis cristales nuevos y los niños vestidos de abrigo. Y verdaderamente esto vale la pena.

Se había resuelto que el concierto (no querían darle el nombre de representación teatral) tendría lugar los últimos días de Septiembre en el salón Herz, y se había suplicado á Saint-Ives que tomase parte en él. ¡Ah, si accediese á representar algún proverbio! Con Mlle. Verrier, por ejemplo.....

—De Octavio Feuillet, decia Mr. Poparel, que es muy bonito y muy presentable. El abate Ronchat no pondrá el grito en el cielo.

Saint Ives aceptó, pero señalando para que le acompañase á Mlle. Gervais y eligió un proverbio nuevo que recientemente había publicado la Revue de Deux Mondes. ¡Qué placer le causaban aquellos ensayos entre los dos, con Elena, en las horas que á ésta le dejaba libres el Teatro del Boulevard! ¡Qué dichoso se consideraba al interrumpir la escena comenzada, viendo empezar una conversación que traía á su imaginación tantos recuerdos! ¡Y qué encantadora le parecía, en medio de su tranquila gravedad, aquella mujer á quien la dicha comunicada daba nueva expresión y un brillo singular!

Marcy, que la encontró una vez, le dijo cariñosamente con voz algo triste:

—¡Ya no sois mi *Caridad!* Algún día os voy á suplicar que me sirváis de modelo para la *Fortuna*.

— Oh! más bien será para la *Economía*—respondió Elena riéndose. — Mil besos á Andrés.

Hasta entonces nunca la había visto reir Marcy. Una furtiva sonrisa, y nada más. Y ahora....

Cada día que pasaba estaba más animada, pensando en la hora del debut que se aproximaba, á la vez que tenía la confianza más profunda en el afecto de Saint-Ives. Sentía una gran impaciencia y vivos deseos de luchar. Durante los ensayos de Juana Michelin contemplaba aquella gran sala vacía que, con la imaginación, llenaba de espectadores jadeantes. La obra era buena y confiaba representarla con acierto. ¡Ah, cómo ansiaba entrar ya en escena, en aquella cálida atmósfera de la sala iluminada!

Los periódicos, á los cuales enviaba notas Freville, hablaban ya de la debutante. Clotilde Verrier leía todo lo que decían antes de levantarse, rompiendo nerviosamente las fajas de los diarios para ver si en la sección de «Teatros» seguían ocupándose de Mlle. Gervais. ¡Y seguían hablando, siempre ocupándose de ella!

—Decididamente se han propuesto darla á conocer—murmuraba Clotilde toda nerviosa, con su negra cabellera caída hacia atrás y la cabeza apovada en los brazos, cruzados sobre la almohada.

Y buscaba un medio de destruir aquella naciente rival—doblemente rival—de la que los que la habían oído en los ensayos, cuando la fiebre de la lucha no enardece los ánimos y hay la calma necesaria, decían va:

-¡Es una Desclee:

Había llegado la vispera de la inauguración. El Teatro del Boulevard se abriría el 20 de Septiembre, según estaba anunciado. Fatigado, bronceado

más bien que pálido, como si viniese de un largo viaje, Brecheux apenas podía hablar. El arquitecto daba las últimas disposiciones, los tapiceros ponían los últimos clavos. Se retocaba el papel granate de los palcos. Un ligero olor á barniz reciente se desprendía de la sala, que estaba muy linda con sus dorados, como una novia con sus joyas. El ensayo de Juana Michelin iba á empezar, y el autor, verdaderamente admirado, acostumbrado á ver á los actores con sus trajes ordinarios, se extrañaba al verlos entonces con aquellos disfraces, los labios pintados, las mejillas rojas, las ojeras agrandadas con el negro artificial, la cabeza llena de postizos Estos, muy conmovidos, nerviosos, se presentaban á Guerard, se ponían delante, colocaban la mano en la cadera y preguntaban:

-¿Está bien esto? ¿Es así vuestro personaje?

Estoy muy rizado?

El autor estaba loco de alegría como un niño. Sus personajes vivían! ¡Los tenía allí, á su vista, iban y venían! Hasta entonces, en los ensayos de día, sólo había visto pasar ante él actores y actrices: ahora eran los héroes de su obra. Su sueño de poeta lo tocaba con los dedos. Veía respirar y vivir, oía hablar á aquellos hijos de su ficción, nacidos fantásticamente de gotas de tinta, allá en lo alto de su frío cuartito. Su manuscrito, sus pobres cuartillas borrosas en otro tiempo, se animaban. El desgraciado muchacho tenía ganas de llorar.

Gardonne le decia alegremente:

—No temáis, la obra gustará. ¡El bombero está satisfecho!

-¡El bombero! ¿qué bombero?

—El bombero de servicio. El bombero, mi querido autor, es el primer crítico de toda obra nueva. Si no presta atención, la cosa no tiene remedio. Si, por el contrario, abre mucho los ojos y la boca y se fija en los ensayos, esperando el desenlace como al Mesías, puede asegurarse que habrá un éxito. Molière consultaba á La Foret. Los Molières del día siguen con ansiedad las impresiones que se reflejan en la cara del bombero y si éste se manifiesta contento, les llena de satisfacción. ¡Ah! vais á conseguir un triunfo y yo ni siquiera podré permitirme ir un día á comer en Nogent antes de la caída de la hoja.

Enrique Roquevert también respiraba aquella atmósfera de batalla al lado de Guerard. Se paseaba por el escenario, mientras al otro lado del telón el director de orquesta, un antiguo premio de Roma que decayendo cada día había llegado á tal extremo, hacía repetir por la octava ó décima vez la sinfonia; una overtura escrita por el en otro tiempo para un Faust, antes de que Gounod diera a conocer el suyo. La escena, cuya decoración representaba un salón, ofrecía el aspecto de un buque de guerra á la hora del zafarrancho. Los maquinistas removían los bastidores, atropellaban á Guerard, rodeaban á Enrique ó colocaban en el sitio designado por el director Roblot las mesas y las sillas y demás objetos que eran necesarios.

—¡Eso más lejos! ¡Bien está! ¿y la chimenea? Vamos, Balue, ¿qué hacéis? ¿olvidáis la chimenea? ¡No es ésa, caramba! ¡Nos hallamos en casa de un ministro y ponéis una chimenea de cocina! Las actrices, que se habían vestido más pronto que los hombres, iban presentándose; la gruesa Dauberville, violentamente apretada, con vestido de terciopelo negro; la pequeña Claudina con el gorro de doncella, preciosa como un clavel, no obstante su nariz puntiaguda; Mlle. Bertrade, acobardada y con los ojos rojos por el llanto, de pena de que no estuviese allí su profesor Thibouville para verla debutar. La madre Hard, encarnada como un pimiento, cogía la mano del autor y se la hacía poner sobre su pecho, diciéndole:

-¿Notáis como late? ¡Ay! ¡malditos niños! De

fijo moriré de un aneurisma.

Una figuranta que no desempeñaba más misión que la de abrir las puertas y anunciar á las personas, contaba que no había tomado otro alimento que un huevo—de emoción y para no echar

á perder la voz.

Toda aquella gente, Gardonne, Pepezat, que hacia de socio del Jockey, con una gardenia en el ojal de la solapa; Duret, graciosamente representando un tímido enamorado; todo aquel personal vestido, disfrazado, unido por una ansiedad común, esperaba los tres golpes, que eran la señal del director, mientras Elena Gervais acudía, admirablemente hermosa con su vestido negro, pálida, pero sin polvos de arroz, brillando sus ojos más en aquella marmórea blancura y concluyendo de ponerse los guantes. Fijándose en Guerard, le dijo, acompañando sus palabras de una sourisa:

—¡Tened confianza! ¡habéis escrito un buen drama!

—¡Es que he tenido la suerte de hallar una gran artista!—respondió Mr. Guerard.

En aquel momento llegó Brecheux, siempre sofocado y seguido del mocetón de Alejo, y á seguida, dando algunas palmadas, gritó:

Vamos, hijos míos; el censor está ya en su sitio. ¡Empecemos! Mr. Guerard, venid conmigo.
 Pero miss Vaughan.....-balbuceó Roblot.

-Bien! zy miss Vaughan?

-No ha llegado.

-No entra hasta el segundo. Empezad sin ella.

¡El censor espera!

En efecto, el censor estaba allí en medio de las butacas de orquesta, en una sala vacía en sus tres cuartas partes, donde sólo se veían allá en los palcos del tercer piso, destacándose sobre el fondo dorado y encarnado del papel, los empleados del teatro, los acomodadores, los parientes de los actores, los comparsas que no salían en el primer acto, los maquinistas, y tambien, esparcidos por las distintas filas, caras de actores conocidos, revisteros que habían logrado penetrar á pesar de la consigna, dibujantes enviados por los periódicos ilustrados para sacar el croquis del nuevo teatro, y si la obra gustaba, de las escenas más culminantes. Además, con sus carteras en la mano, dispuestos á anotar los efectos que debían hacerse sobresalir, las entradas que debían señalar y las escenas más dignas de aplauso, se veían reunidos y esperando dos ó tres hombres—los jefes de la claque y casi á su lado Freville, el secretario, conversando con Saint-Ives y Enrique Roquevert.

Nada de esto veía el autor; sólo veía su obra,

esperando que resonaran sus primeras palabras en el frío silencio de aquella sala medio vacía.

El papel de Elena apenas se conocía en el primer acto; se desarrollaba especialmente en el segundo, cuando Juana Michelin se encuentra repentinamente en presencia de Angela que pasa cubierta de diamantes pagados por Michelin. En aquella escena Mile. Gervais estuvo superior, y la aparición de Lucy Vaughan con su traje de seda color granate produjo un efecto sorprendente. Se la podía tomar por una de esas cortesanas venecianas, que se encuentran en los cuadro de César Vacello y que pasan orgullosamente por los salones de París.

El telón cayó en medio de aplausos. Todos estaban encantados. Elena subió á su cuarto despacio, como cansada, mientras Saint-Ives iba tras de Brecheux para felicitarle.

Enrique estaba pálido de emoción.

—¡Aĥ!—decía á Elena Gervais—¡qué dichosa ois!

—Cierto, estoy contenta de mí—respondió ella con sencillez.

Y Brecheux, sofocado y sin aliento, corrió hacia Guerard y, cogiéndole las manos, le decía:

—Ya lo véis, va á ser un acontecimiento. Godin apuesta á que habrá ciento cincuenta.

— Ciento cincuenta!.... balbuceaba el autor. — Sí, representaciones. Ahora no basta esto. Es preciso que me escribáis otra.

—Retocando un poco Gallia....—empezaba á

decir Guerard tímidamente.

-¡Oh! no. ¡Oh! no. Artificios como éste, sí.

Obras que conmuevan, las que queráis! pero no obras literarias.

Toda la noche fué un trinnfo continuado, que al día siguiente sin duda prometía ser doble por el efecto que causaría ante el público. La opinión de Godin, el jefe de la claque, tenía mucho valor. Roblot movía la cabeza y con su larga experiencia de las tablas contestaba: «No hay que confiar mucho en estas cosas. Lecturas muy aplaudidas han dado chascos y vice versa, malos ensayos generales se han visto seguidos de estrenos satisfactorios. Pero no se hacia caso de Roblot. La confianza se había apoderado de aquella pobre gente cansada de trabajar, que, llena de ilusiones, creía ver ante sus ojos un rayo de luz, una larga perspectiva de triunfos. Brecheux, partícipe de aquella animación, decía á su hijo:

—Después de esta obra te toca á tí, muchacho. ¡Trabaja, pues, que estamos á tu disposición!

Terminado el último acto, cada uno se fué á su cuarto á desnudarse, mientras los músicos seguían en sus puestos repitiendo una vez más la overtura.

La misma frase salía de todos los labios, confiados en la victoria:

—¡Hasta mañana! ¡hasta mañana!

El autor, que se creía soñando, atormentado por un fuerte dolor de cabeza, recibía los apretones de manos que le daban, y daba las gracias, repetidas nuevamente á Pepezat, que colocado á su paso le decía:

-Yo desearía, sin embargo, que me hicieseis una observación. No soy de esos que se molestan de que les hagan observaciones. Siempre hay tiempo para retocar. Decidme gesto es bastante elegante? Mirad de que manera represento vuestro Aubignac; un Richelieu que nunca será un Richelieu. ¿Estáis? ¿Está bien de este modo?

-Si, Mr. Pepezat. Gracias gracias

-No son las gracias lo que yo pido, sino advertencias. Oh! las observaciones estimulan. Y todavía voy más lejos; en esto opino como Preville: «No temo á las silbas, porque así no me duermo.»

Envuelta en un abrigo de cachemir negro, Elena esperaba al extremo de la escalera que conduce al foyer, frente à la puerta del conserje, el coche

que Enrique había ido á buscar.

Saint-Ives, muy conmovido, permauecia á su lado mirándola sin cesar, mientras los demás actores y comparsas pasaban por delante y salu-

- Hasta mañana, Elenal-decia muy contenta la joven Claudina, á quien habían aplaudido.

- Hasta mañana! hasta mañana!-repetia con

aire de satisfacción.

Y maquinalmente, en el marco de madera colgado en la pared bajo el enrejado que se abría todos los días, Elena miraba con angustia que entonces empezaba, la hoja de aquel terrible día signiente:

«Función á las siete y media.—Primera repre-

sentación de Juana Michelin.»

Y nada en la casilla de Ensayos, nada en la de Observaciones. Lo demás del cartel anuncio, en blanco. Nada más que aquellas palabras llenas de fiebre y de terror: «Primera representación de Juana Michelin», y abajo: «El Director general, Roblot, D

-¿Veis eso y os asustáis, Elena?...-dijo Saint-Ives acercándose á ella.

Su voz temblaba. La escalera iba despejándose. Parecia que el silencio se apoderaba de aquel gran teatro, momentos antes tan alborotado. El conserje iba apagando una á una las luces de gas. Hacia afuera se veia una parte de la calle mojada, reflejándose la luz en el asfalto humedecido. Caía una ligera lluvia y sin duda Enrique no encontrabacoche. Al salir Claudina se había levantado graciosamente las faldas y desafiado, o más bien burlándose de la lluvia, riéndose y andando apoyada en el brazo de Duret, mientras la madre refunfuñando abría su en tout-cas. Elena sentía la impresión de las primeras tristezas del otoño, y después de las últimas horas de fiebre veía caer la lluvia con cierta melancolía.

La pregunta de Saint-Ives le hizo levantar la cabeza y se sonrió.

-Es cierto, quizá tenga miedo..... ó frío, no sé

- ¡ Habéis estado verdaderamente hermosa, Elena!—decia Saint-Ives aproximándose á ella.— ¡Y se os presenta un porvenir espléndido! Bien sé que el porvenir nos engaña. Nadie más que yo creía en él cuando debuté. Y por mucho tiempo he buscado no sólo esos aplausos que tanto nos halagan, ¿no es verdad? sino una afección verdadera, un amor sincero..... y creía que este amor era imposible de encontrar.

Aquel irónico Saint-Ives al hablar así temblaba,

y su mano, que buscaba la de Elena, reflejaba la emoción de que estaba dominado.

Ella, de pie, con los ojos medio cerrados, dejándose llevar por aquella armoniosa voz, suave como la húmeda atmósfera que la rodeaba, le escuchaba llena de placer y casi llorando de alegría, mientras la lluvia caía haciendo un ruido triste fuera de la puerta.

—Sí—continuó Saint-Ives—yo creía que jamás llegaria á amar como había soñado, y ahora veo que desesperaba demasiado pronto, ¡porque os amo con toda mi alma!

Ella no contestó una palabra. Seguía de pie, medio apoyada en la escalera, con los párpados caídos, sumida en una visión encantadora; pero su mano, que se encontró con los abrasadores dedos de Saint-Ives, contestó con una presión embriagadora y dulce como la declaración de la desposada que está de rodillas ante el sacerdote....

Aquellas desnudas paredes, aquella húmeda escalera, aquella puerta por la que entraba el viento y que dejaba ver el barro de la calle, formaban un cuadro raro, una fría y triste decoración para aquella casta y profunda entrevista, para aquella confesión de dos afectos. Pero la eterna poesia del amor rodeaba á aquellos dos seres, y el ruido de las monótonas gotitas arrullaba dulcemente, mejor que pudiera hacerlo la música de un genio, el hermoso sueño de Elena, de Elena, que era amada, y que amaba para una eternidad....

Bruscamente apareció Enrique, todo mojado, riendo mucho y trayendo un carruaje.

- Pronto, pronto! ¡subid! - dijo á Elena.

El cochero no se obliga más que á dejaros en casa. ¡ Me ha sido preciso pelearme con él!

Y Elena partió, radiante, loca de alegría, alargando la mano una vez más á Saint-Ives desde el fondo del carruaje, dando las gracias á Enrique, y pensando cuán distinta era la vuelta á su casa aquella noche, de aquella otra del día del concurso.

No habían pasado tres meses desde aquella fecha, y ya la suerte le había dado el desquite que Saint-Ives le prometió. ¡Era amada! ¡Sería aplaudida!

En medio de sus lágrimas de alegría, veía una vez más la querida imagen de mamá Gervais. ¡Cómo lamentaba que en aquellos momentos no estuviese allí la pobre mujer!

Y ¡cosa admirable! ¡envidiable facultad de la ilusión y del olvido! no pensaba en Monerol.

Al día siguiente le sorprendió que Saint-Ives no pareciese por su casa. Por lo menos Marcy fué á excusarse, desconsolado de no poder asistir á la representación de la noche. Parecía que estaba triste. Sabina se hallaba algo delicada. Andresillo sufría no sabía qué dolencia y le inquietaba también.

—Aplaudiré desde lejos—le dijo.—Los diarios de la mañana hablan ya del ensayo general como de un triunfo ruidoso. Mis votos os acompañarán como los de cualquiera otro que os ame profundamente.

Elena sonrió, pensando que unas mismas palabras pueden tener una música diferente. ¡Amor! ¡Ah! era Saint-Ives quien le había deslizado en sus oidos aquella palabra la noche anterior, en la agradable conversación sostenida frente á la porteria del teatro!

Marcy continuó hablando de miss Vaughan, de Charrière, à quien aquella mujer había seducido, transformado, y que parecia estar febril, descontento.... Pero Eiena no le oía; sólo entendía y escuchaba sin cesar á Saint-Ives.

La visita de Marcy la impresionó sin embargo. La de Enrique, que llegó una hora después, le causó un gran placer.

-Mr. Marey me ha dicho que los periódicos eran tan benévolos conmigo, que se expresaban como mis compañeros del teatro.

-¡Hablan muy bien! ¡Ah! ¿Marcy ha venido?.....

¿Está contento, ó triste?

-No lo sé −dijo Elena después de un momento. -Ya veis cómo la dicha me hace egoista. ¡Ni siquiera me he fijado!

Estaba locamente entusiasmada. Toda la vida, la animación y la felicidad de la noche anterior acudían á su imaginación con un sueño delicioso. ¡Cómo trabajaría aquella noche! ¡Con qué energia y con qué confianza! Él estaria orgulloso de ella. Ella sería digna de él.

¡Con qué gusto se lo hubiera diche asi! Pero Saint-Ives, con gran sorpresa suya, no parecia. Verdad que pronto pasaría aquel día de espera.

Per la noche vería á Saint-Ives.

También Saint-Ives, trastornado con el recuerdo de aquella furtiva declaración, había ido como de costumbre al Odeon á la hora del ensaye. Allí se le dijo que no lo había. ¿Por qué? Clotilde Verrier estaba enferma. Y no estando ella, el ensayo era inútil. Sólo podían hacerse algunas escenas aisladas. ¿Y para qué?

Está enferma á causa de este artículo, tomad -le decia la pequeña Esther Levy que tomaba parte en la obra.

Y riéndose alargaba un número de un periódico de la mañana, en el que se hablaba con extensión del ensayo general del drama de Guerard y del triunfo de Elena.

—Si yo estuviese en vuestro lugar—añadía Esther-iria á visitar á Clotilde. Un poco de tafetán inglés sobre la herida, ¡qué bien le sentarial

En aquel momento el conserje entregó á Saint-Ives una carta doblada triangularmente, en la que Clotilde suplicaba á su compañero que fuese á verla. Quería hablarle de la obra nueva, y al mismo tiempo para que le diese noticias referentes à Juana Michelin, que desgraciadamente no le sería posible aplaudir, á pesar de tener tomado ya un proscenio para aquella función.

-Quizá sea cierto, pensó Saint-Ives.

Sin darse cuenta bajó hacia los Campos Elíseos, donde vivía Clotilde en un hotelito de la avenida Matignon. Al salir iría á casa de Elena. No era aquella la primera vez que entraba en casa de Clotilde Verrier, pero entonces le parecía que experimentaba una especie de satisfacción curiosa contemplando la notable antítesis que formaban aquellas dos mujeres. Aquello le entretenía. Mejor dicho, caminaba como en los momentos decisivos de la vida, casi á la aventura. Mostraba así como una orgullosa coquetería pretendiendo humillar á Clotilde, ahora que había sentido en su mano la

presión de la Elena, la confesión de su amor.

Todas las habitaciones de Clotilde habian sufrido una completa reforma; el capricho de la actriz había decretado que el hotel exigia nuevo decorado, nuevas tapicerías. Desde la entrada Saint-Ives respiró una atmósfera trastornadora. El refinado lujo parisién se confundía con cierta originalidad africana. Sobre un divan-cama, cuyo respaldo estaba adornado de incrustaciones de plata cincelada, medallones y esmaltes, se hallaba Clotilde tendida, con su pequeña cabeza apoyada en un almohadón color rosa que hacía destacar el color mate de su tez, y el cuerpo oculto, como perdido bajo la ola de seda de un cubrepiés echado alli con abandono, apareciendo rodeada de brillantes sedas esparcidas con un gusto exquisito, cual si estuviese acariciada de esas nubes que se ven en el fondo de algunos cuadros. Sus ojos brillaban con la animación de la fiebre.

Elegantes colgaduras color rosa pálido, adornadas con guirnaldas de flores bordadas, estaban sostenidas sobre ella por anchas fajas de un rosa más obscuro, y del techo, formado por una tela de raso brillante, se desprendían dos grandes borlas de seda azul que realzaban aquella esplendidez. En el fondo había un tapiz que ostentaba unos Amores y que por un efecto de perspectiva parecia alargar la alcoba. Por todas partes las felpas azules, el satén blanco, la seda gris y las franjas de oro artisticamente combinadas, formaban alrededor de aquel lecho como las paredes de una tienda. Una rica piel de tigre, orlada de oro, mostrando la cabeza del terrible animal en perpetua inmovilidad, con los blancos dientes y los pelos del bigote erizados, estaba extendida á los pies del lecho, formando un raro contraste el cráneo duro de la fiera salvaje con la frente mate de la hermosa joven.

Sobre un velador de plata-en el que se veían un abanico á medio abrir, una flor medio deshojada, un libro entreabierto y un vaso de Venecia que parecía un enorme ópalo líquido-había una tacita japonesa con un dulce de pétalos de rosas importadas de Alejandría—de esas rosas de Egipto que los naturales del país y los de Esmirna expenden en jalea ó en miel-que lentamente llevaba á su ardiente boca con una cucharita de plata. dorada.

Casi mudo de admiración y de temor, Saint-Ives se había detenido instintivamente en el dintel de aquel boudoir que atraia como un oasis en el desierto, dando lugar á que la doncella le mirase con cierta ironía. Nada más seductor que aquella aparición de Clotilde Verrier, tendida como en una hamaca en medio de aquel lujo deslumbrador, donde, á la vez que una pequeña palmera que salía de una maceta de onix blanca con adornos de oro, provectaba fresca sombra sobre su frente, un Amorcillo, de pie sobre una columna de mármol, que descollaba á los pies de la cama entre aquella nube de sedas de claros colores, parecia contemplar la languidez de aquella belleza, lánguida y excitante como la de un árabe, de cuya raza conservaba la sangre y la mirada.

Al notar la presencia de Saint-Ives, Clotilde volvió ligeramente su cabeza, cuyo negro cabello aumentaba la extraña palidez de su rostro, y dirigiéndose á él con amabilidad, le dijo:

—¡Ah! ¿sois vos, amigo mío? Temía que no hubieseis recibido mi carta, y tenía impaciencia por veros. Quería que me dieseis noticias de la obra de esta noche..... y también de Mlle. Gervais. ¿Sabéis que esa señorita Gervais me preocupa?..... Estoy celosa, de veras. No lo digo, porque esto la haría muy feliz. ¿Habéis venido tal vez antes de recibir mi carta, porque ya lo teníais resuelto?..... Esto es muy grato para mí. ¿De modo que me queréis un poco? A ver, aproximad ese asiento aquí, sí, muy cerca; estoy cansada y no podría levantar la voz. En conclusión, decidme, ¿qué es esa Juana Michelin?

Saint-Ives, agitado, disgustado de haber acudido, recordaba lo que él mismo dijera un día hablando de Clotilde:

-Sólo se aborrece lo que se teme.

Por mucho tiempo creyó él aborrecer á Clotilde. Nunca había sentido tan cruelmente la influencia de aquel irresistible encanto, como en aquel momento en que la ligereza de una visita le empujaba hacía el brillo magnético de aquella belleza.

Un silencio embarazoso siguió á aquella interrupción, en que Clotilde, febril é hipócrita, trataba de cosas indiferentes sin atreverse á hablar de Elena, y en el que Saint-Ives, que por tanto tiempo había resistido el imperio de aquella mujer, se sentía desfallecer, ganar y dominar por ella, como arrastrado por una creciente embriaguez.

Y Elena? Sí, ciertamente él amaba á Elena. Y no obstante, ¿pensaba en ella? Sólo veía á Clotilde. Y la actriz, dos veces rival de la que aquella noche iba á crear el papel de Juana Michelin, estudiaba la manera de herirla también dos veces, de aniquilarla doblemente, de envanecer su victoria ó hacerla imposible, atravesándola brutalmente por un gran dolor, como si la clavase un puñal.

Bien conocía Clotilde en aquellos momentos, que bajo su aspecto desdeñoso Saint-Ives era débil y cobarde, cobarde como todos los hombres ante un deseo, como los niños cuando quieren un juguete..... En aquel cuarto tibio, soberbiamente lujoso, en aquella atmósfera paradisiaca, embalsamada de vergüenza, Saint-Ives no era ya el indómito é invulnerable. ¡Si él llegase á suplicar! ¡Bien, ella sabría mandar! ¡Si implorara, ella ordenaría! Y dominado, fuera de sí, olvidándolo todo, Saint-Ives suplicaba ya; Saint-Ives, extraviado, sintiendo circular por sus venas el fuego que despedían las pupilas de Clotilde, estaba suplicando en aquel momento.

Amor de cabeza, amor de casualidad, de fantasia y de pasatiempo: ¿acaso existen dos clases de amores en el miserable corazón humano?

À aquella hora había ya mucha gente en los alrededores del Teatro del Boulevard, y Pepezat, desde una ventana del despacho del director, contemplaba con satisfacción aquella multitud que se apretaba para tomar las entradas, buscando entre la infinidad de berlinas y aun de los modestos alquilones que cada minuto llegaban, aquella que esperaba hacía tantos años y que no llegaba.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSIDADA

"ALFON TO HE YES"

1040 1625 MONTERREY, MEXICO

Esta vez Pepezat tenia seguridad de realizar su ideal. En sus ojos centelleantes se reflejaba ardor bélico.

-No hay duda-pensaba al ver aquella concurrencia-no hay duda, ¡esa gente viene toda por mi!

El deseo de asistir á una inauguración, la gloria de entrar el primer día en un teatro nuevo, de poder decir al día siguiente «allí estuve», de juzgar, antes que la crítica misma, á aquella Elena Gervais de quien tanto se hablaba, aquel drama de un desconocido, de emitir su opinión sobre todo, sobre el estilo de la obra, sobre la actriz, sobre el foyer, sobre el salón—continente y contenido—todos aquellos sentimientos complexos, hijos de una vanidad característica en el parisién, la vanidad de conocer á los debutantes, de criticar en primer término, de poder descubrir las estrellas del arte, llevaba á aquella multitud al teatro y hacía que Brecheux se dijera, desbordando en satisfacción, que bien podia haberse hecho rico antes.

¡ Qué imbécil había sido derrochando el tiempo en su tienda de la calle Gravilliers, en su almacén del boulevard Sebastopol, en haber pasado su vida vendiendo objetos de hojalatería, cuando tanto dinero podía haber ganado divirtiéndose, haciendo ensayar obras dramáticas, frecuentando el trato de los autores y haciéndose principal de los actores! ¡No sólo por Alejo, sino por él mismo, por especulación y por placer, debía haberse ocupado de aquello! ¡ En fin, aun era tiempo!

¡Pero cuánta gente, gran Dios! Las lunetas se vendían con prima. Brecheux estaba casi pesaroso de haber abierto el teatro á precios económicos. Podía haber cuadruplicado el precio de las butacas. De todas partes llegaban peticiones: de los aficionados, de los círculos, de las agencias, y hasta de la prensa. No faltaban tampoco reclamaciones, quejas y amenazas. La distribución de entradas no estaba bien hecha. El redactor en jefe del Moniteur des Tabacs enseñaba los dientes. El crítico teatral de la Pantoufle Rose, periódico de señoras, confesaba que nunca había visto un periodista de su importancia tratado de aquel modo.

Brechenx, ensordecido con tantos clamores, los mandaba á Freville.

-¡Dirigíos á Freville! ¡Id á ver á Freville! ¡Eso es cuenta del secretario general!

Alejo, asustado casi por aquella algarabía que iba en aumento, tomó el partido mejor de encerrarse en su despachito y allí esperó impaciente la noche.

Por la noche, la nueva sala se hallaba atestada de gente, unas luciendo elegantes toilettes, otras trajes negros ó blancos, sombreros de moda: había un movimiento constante de abanicos agitando aquella atmósfera cálida como una tarde de verano; sin cesar, un público numeroso franqueaba el foyer, adornado con macetas verdes, las escaleras y los corredores.... Todos aquellos curiosos espectadores, antes que de la función, se ocupaban de la sala; unos encontrando tal detalle mezquino y tal otro exagerado; otros preguntando por qué el arquitecto había mezclado el oro verde con el oro amarillo en el decorado de las galerías, y algunos haciendo chistes á propósito del escudo colocado en

la boca del escenario, de los postigos de los palcos, de los banquillos de los acomodadores, á propósito de nada y á propósito de todo.

Y la obra empezó en medio de aquella borrasca, sin que nadie prestase atención, distraídos ó burlándose; y entre espectadores que lo que querían era divertirse, reirse del drama si el drama no les hacía divertir. El primer acto terminó sin incidente alguno, acompañado de los aplausos obligados de la claque.

—¿Qué hay?....—preguntó con ansiedad el autor, que maquinalmente observaba desde bastidores con ojos azorados.

—Mientras no oigáis más que esos ruidos acompasados — respondió Roblot —no los toméis como demostraciones del público. Esperad los aplausos aislados. ¡Ya vendrán! ¡ya vendrán!

Y Brecheux acudió todo sofocado y furioso. —¿Quién se pasca detrás del telón de fondo durante la representación? ¿Quién es el animal?....

— Soy yo—respondió tímidamente el autor.— Crei estar solo en la obscuridad.....

—¡Vaya una ocurrencia graciosa! ¿No os habéis apercibido de que dais con el codo en la tela, haciendo que los árboles, las casas de campo y los campanarios parezca que bailan! ¡Bonita idea! Unos caballeretes que había allí á mi lado empezaban ya á tomar por su cuenta..... ¡Decían que esto era el baile del pueblo!

Tomar por su cuenta. Frase lúgubre. Es como si el fracaso amenazase el éxito de la naciente obra.

A Guerard le faltaba poco para caer desmayado.

Había sido preciso que él mismo, él, dando con el codo en la decoración, comprometiese el triunfo de su obra. ¡Sí, decía bien Brecheux, era un necio, tres veces necio! ¡un animal!

—¿Dónde debo ponerme, entonces? —En cualquier parte; ¡pero ahí no!

Y el autor, todo afligido, buscaba un rincón más escondido, un sitio más seguro.

Algunos amigos que asistían á la función no se dejaban ver. ¿Consistiría en que el primer acto no había sido bien recibido?

—; Animo!—le dijo Enrique, que pasaba para subir al cuarto de Elena.

Elena estaba muy animosa. Iba á la batalla con una especie de regocijo confiado, como si hubiera llegado al colmo de su felicidad, cualquiera que fuese el porvenir. Un enjambre de pensamientos risueños parecía agitar su cerebro con un ruido semejante al que levantan las alondras cuando acuden á la luz. Se sentía segura y no podia creer en la derrota. La declaración amorosa de Saint-Ives constituía su fuerza; marchaba segura de vencer.

¿ Pero dónde se escondía aquel Saint-Ives? ¿ La estaría observando desde el fondo de algún palco, temeroso de que su presencia pudiera alterarla? ¡Qué equivocado estaba! ¡Qué feliz se consideraría ella de verle allí! ¿ Por qué, pues, no había ya acudido á su lado? Allí hubiese encontrado, embalsamando la atmósfera, un gran bouquet de rosas de té que Marcy le había mandado, acompañado de una carta.

-Saint-Ives subirá luego, después de la gran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON-BIBLIOTECA UNEVA SEITARIA

"ALFORED REVES"